el desórden material á costa del órden moral, y debia acrecentarse á espensas de este, con una grande y trágica leccion mas; la leccion que es tal vez la última y de que, en su consecuencia, debemos aprovecharnos con gran cuidado, si es que no tratamos de arrostrar y de despreciar toda leccion.

Esta leccion que tan caramente pagamos y que parece no obstante que hemos comprendido tan mal, nos apremia á reconocer en fin la suprema razon de esperar y de acogernos á ella como á la roca en el naufragio.

Preciso es levantar aquí los espíritus y los corazones, inspirándose con toda la gravedad de una situación que no soporta ya medianas miras y sentimientos cuitados.

Ш

QUE TENEMOS LA VIDA EN MEDIO DE NOSOTROS.

Entre estas admirables escenas del Evangelio que nos presenta la historia y la fé como verídicas y como simbólicas, advierto la siguiente:

Habiendo caido enferma una jóven de elevada condicion, se moria. Su padre fué á arrojarse á los pies de Jesús, suplicándole que fuese á curarla. Jesús acogió su ruego Al dirigirse, seguido de gran muchedumbre de pueblo á su morada, acudieron los criados de aquel hombre á decirle: Ha muerto tu hija y es inútil fatigar mas al Maestro. Pero el Salvador, movido por el dolor del padre, le dijo al punto: «No te desconsueles; ten fé solamente y tu hija te será devuelta.» Y habiendo llegado

Jesús á la casa, no dejó entrar con él mas que á tres de sus Apóstoles con el padre y la madre de la jóven. Despues, penetrando hasta la estancia mortuoria, por entre los aprestos de los funerales y de las lamentaciones de la casa, Aquel que es la resurrección y la vida, y para quien un difunto no es mas que un mortal dormido, dijo: «No lloreis, porque no ha muerto; está solamente dormida.» Entonces, entre las sonrisas burlescas de algunos de los asistentes, junto con los lloros de la familia, tomando la mano á la pobre jóven, exclamó: ¡Levántate! ¡yo te lo mando! «Y volviendo al punto el alma de la difunta á su cuerpo, se levantó la jóven y recobró todas las funciones de la vida (1).»

El Salvador del mundo no hizo entonces respecto de esta jóven mas que lo que iba á practicar en grande con respecto á la humanidad algun tiempo despues; lo que ha hecho mas adelante, lo que puede hacer todavía respecto de la Nacion que es su hija mayor; pero lo que no ha hecho ni hará nunca sino con esta condicion: Tened fé solamente.

Que la Francia se halle en el último extremo; que hasta haya muerto, no importa: creer es vivir. Pero lisonjearse de que volverá á levantarse del estado en que se halla, por su propia virtud y menos aun por la de los empíricos que pretenden sacarla de él por medio del mismo tratamiento que la ha sumido en tal estado, es una locura, no es peligroso afirmarlo, y si pudiéramos reir, las risas de la incredulidad asomarian esta vez á los labios de los creyentes.

⁽¹⁾ San Marces, cap. V. San Lúcas, cap. VIII.

No, siguiendo el curso actual de las cosas, la Francia ha cesado en sus grandes destinos, y si vuelve su alma á su cuerpo, si se levanta nuevamente y recobra el rango que ha perdido, si vuelve á ser la gran Nacion, solo será por un milagro de la Providencia; milagro que no solamente es posible, sino que estoy convencido de que se hará.

Hé aquí las razones de esta conviccion.

En todas las naciones que han perecido, observo que todo era en ellas perecedero, habiendo perecido simultaneamente, no tan solo las constituciones y las costumbres, sino lo que es el alma de las constituciones y de las costumbres, las doctrinas, las religiones. Así ha sucedído respecto del paganismo y del mosaismo; el paganismo, religion de falsedades; el mosaismo, religion de figuras. Advierto tambien que estas religiones que por la virtud general, ó la verdad relativa de religion que contenian, habian vivificado las naciones que las profesaban, concurrian por fin á corromperlas ó cegarlas con lo que tenian de inmoral ó de transitorio. Estas naciones, pues, no perecian tanto por su impiedad cuanto por su religion misma.

En las naciones modernas no es así.

El Cristianismo, en su integridad católica, es la verdad misma; la religion universal, eterna, absoluta, definitiva en su perfeccion, asi como es primitiva en su orígen. El mismo se halla preservado de toda alteracion por la divina virtud que lleva en sí; tan verdadero, tan santo, tan fecundo, despues de diez y nueve siglos de prueba como en el primer dia. No siendo ya de este mundo, ha podido y puede ser siempre en este mundo

como un aroma, comunicándole su virtud, sin sufrir su corrupcion.

. De aquí deduzco que nuestra descomposicion está lejos de ser tan irremediable como la de los pueblos an-

tiguos.

En medio de nosotros está el Arbol de vida, ese Arbol, cuyas hojas tienen la propiedad de curar á las naciones: Cristo (1), de quien puede decirse en el dia, como se decia en otro tiempo: «Hay uno en medio de vosotros á quien no conoceis (2); » es el principio (3); principio inagotable de renacimiento moral, como lo ha confesado la misma impiedad (4). Hállase siempre puesto como un signo de contradiccion, para «la ruina de los malos y la resurreccion de los buenos (5).» Combate y hace combatir; y hasta provoca cual nunca el odio del amor, y se halla en cuestion cual jamás lo estuvo. Acusa todos nuestros estravios y todas nuestras locuras: no nos deja mas opcion que entre él y el abismo, y por esto precisamente nos salvará del abismo; porque visto este, repugna, y no se cae en él sino cuando no se le ve, por una ceguedad que parece imposible en el dia.

No digo esto sin temor, pero tampoco lo digo sin confianza.

Sé que se puede oponer la suerte de muchas sociedades cristianas y que no por eso han dejado de perecer, á aquellas mismas que han recibido los primeros

⁽¹⁾ Folia liqui ad sanitatem gentium. Apoc., XXII, 2.

⁽²⁾ San Juan. I, 26.

⁽³⁾ San Juan, VIII, 25.

⁽⁴⁾ M. Renan, Vida de Jesus.

⁽⁵⁾ San Lucas, II, 34.

dones del Cristianismo y que han sido sus grandes focos; Alejandría, Cartago, Corinto, Antioquía, Efeso, Constantinopla. Pero, sin querer amenguar la gran leccion que proclama la suerte de estas sociedades, creo que puedo hacer observar, que entonces eran razas de orígen pagano, cruzadas por el Cristianismo, y mas bien predestinadas á su brillo, que á su establecimiento. Algo caduco se presentia en ellas, respecto á la civilizacion del Evangelio, demasiado generosa para que pudieran contenerla sin reventar como odres viejas que contienen vino nuevo, ó para llevarla en sí sin doblarse, como aquel coloso de pies de barro á quien se quiso poner un pecho de bronce y una cabeza de oro. Eran necesarias razas nuevas al Espíritu nuevo.

Y nosotros fuimos de esas razas, ¿hemos degenerado hasta tal punto, que debamos tambien perecer? No lo creo asi, al menos respecto de la Francia.

Por un maravilloso privilegio que consiste en nuestro buen temple de nacion católica y belicosa en todo, asi en el bien como en el mal, el bien, entre nosotros, atrincherado enteramente en el dia en el Catolicismo, resiste, protesta, combate, concibe, hace apóstoles y mártires, no solamente para la Francia, sino para el mundo que tiene fijos los ojos en nosotros, no obstante nuestro abatimiento, como en el polo de sus destinos. Y el mal mismo que reina mas ó menos tibiamente por cualquier otra parte, no se halla tan desencadenado y tan furioso en Francia, no acude á ella de todas partes, sino porque es ella el verdadero campo de batalla, y porque dirige sus tiros á la ciudadela. Nuestros sacerdotes, nuestras hermanas de la Caridad, nuestros hermanos.

nuestros misioneros, nuestras órdenes religiosas, nuestras Congregaciones eclesiásticas, nuestros Institutos laicales de caridad y de preservacion; nuestros Círculos de organizacion y nuestros Comités de union y de reivindicacion, nuestras grandes Obras pías en fin, tan numerosas y tan renovadas como las miserias humanas; todos esos diversos cuerpos de un mismo ejército, hacen frente por todas partes al mal social, son la admiracion de la tierra y del cielo mismo. No hay nacion en el mundo, ni raza humana, por atrasadas y por perdidas que se encuentren en los desiertos y en las playas mas salvajes, que no reporten beneficios, á la hora presente, de las virtudes, del celo, del espíritu de sacrificio, del apostolado civilizador de la ilustre nacion francesa, como nos llama todavía Aquel cuya mirada y solicitud se estienden á todo el universo y que es el Juez supremo de todo el bien que en él se hace.

No; suceda lo que quiera, con tales elementos no perecerá la Francia. Aun cuando se haya humillado dentro de sí pasageramente por sus vicios, seria dominadora por todas partes, á causa de sus virtudes: y reviviendo estas con la prueba y escarmiento de aquellos, la aprovecha la lucha, la fecundiza la inmolacion y la vivifica la muerte,

Todo cuanto puede decirse, y en esto hay que convenir, es que naturalmente nos hallamos perdidos; y que si debemos salvarnos, no nos salvaremos sino sobrenaturalmente. Esta opinion es unánime, entre los que no tienen fe, porque carecen ya de esperanza, y entre los que tienen esperanza, porque solo la tienen en la fe.

Y no hay que mofarse de estos; porque además de

que solamente ellos tienen el valor, solo ellos tienen tambien la razon; quiero decir, esa razon elevada que se inspira con la observacion de los fenómenos históricos y

providenciales de la humanidad.

Considerando desde luego lo presente ¿no nos vemos reducidos á lo imposible humano, á la política bizantina, á la ridícula miseria de los abortos, á la esterilidad humiliante de los esfuerzos que solo consiguen demostrar y acrecentar nuestra impotencia? ¿No es esto una cosa de las mas estrañas, sobre todo si se observa las buenas intenciones que existen y que la situacion mas solemne no logra coaligar?

Es esta una desgracia humana de las mas significativas, en la cual es permitido y hasta lógico ver el lugar, la preparacion y el anuncio de una intervencion providencial. «Cuando Dios quiere mostrar que una obra es de su mano, dice Bossuet, comienza por reducirlo todo á la impotencia, y despues obra.» Si es verdadera esta profunda idea, ¿qué caso mas manifiesto ha existido jamás á que poder aplicarla?

Semejante impotencia humana en las condiciones en que se produce, es ya el milagro bajo su fase negativa, Semejante anonadamiento no es natural. No atribuye en verdad en todos los casos, á sus tristes actores, el derecho de mofarse de los que ponen su esperanza muy sobre sí.

Pero se dirá, de ahí al milagro positivo, objeto de esta esperanza, hay aun gran distancia.

No tan grande, pues aquí entiendo por milagro, no una derogacion del órden físico de la naturaleza, sino una accion providencial en el órden moral y social, llena de accidentes humanos.

Cuando se habla de sobrenatural, los entendimientos poco reflexivos se imaginan generalmente una cosa sin analogía y sin relacion con el centro en que se encuentran.

Nada de esto es aplicable á nosotros, nacion cristiana, nacion francesa. Lo sobrenatural, el milagro, se halla en medio de nosotros. No es, pues, necesario creer para reconocerlo: basta con ver. Es el Cristianismo, es la obra de Cristo en su integridad, es su Iglesia. Es la virtud de Dies quien reside en ella; lo que cura y santifica á los indivíduos y reune y mueve tambien algunas veces á la muchedumbre. Todos los cristianos están impregnados de ella, y todos los indiferentes son mas ó menos susceptibles á la misma. Hé aquí el milagro en persona, lo sobrenatural en acto incesante.

Digo mas: nuestra actual existencia social es este milagro en su efecto.

La sociedad perece, segun el parecer de todos, y sin embargo continúa. Destituida de todo elemento humano de salvacion, blanco de las pasiones mas subersivas, se sostiene como en el aire. ¿Por qué? preguntaré yo. La respuesta no puede ser incierta: por el cristianismo que nos resta, es decir, por lo sobrenatural. Si llegara á cesar este sobrenatural, y todas la virtudes y abnegaciones que inspira, y toda la perversidad y rebeldía que reprime, la sociedad cesaria en el mismo instante. Hállase suspendida de lo sobrenatural, y hace temblar con aquel terror moral que hizo retroceder á los mismos montañeses de la Convencion á la sola idea de que viniera á desaparecer lo sobrenatural.

Esta fuerza misteriosa de represion espiritual que

nos retiene todavía milagrosamente, es proclamada en el dia mismo por nuestros mas violentos enemigos como el mayor obstáculo á su obra de suprema destruccion. ¡Y nosotros, á quienes aquella conserva y salva á cada hora, no la hemos de confesar!

¿Siempre para no ver tendrás los ojos? ¡Oh pueblo ingrato!

Hé aquí lo sobrenatural; he aquí el milagro de que hablo; no es necesario ir á buscarlo mas lejos.

IV

QUE SE LE HA VUELTO Á DAR VARIAS VECES LA VIDA Á LA FRANCIA.

Y ahora, ¿qué habría de extraordinario y de increible en que lo que nos sostiene aun nos levantará?

¿Qué habria de imposible en que ese foco de sobrenatural reviviese al soplo del mismo Espíritu que lo ha encendido por primera vez?

Lo que ha bastado para salvar al mundo bastará para salvar á la Francia.

Cuando ese divino Espíritu vino á sacar de la descomposicion del antiguo mundo una nueva tierra y nuevos cielos, fue tal el milagro, que no podia esplicarse sino por los milagros evangélicos y apostólicos que fueron sus medios y cuyo efecto llegó á ser tambien su prueba. Pero puede decirse de esta creacion espiritual lo que se dice de la creacion de la naturaleza, que su conservacion es una creacion contínua. El catolicismo no se ha conservado hasta nuestros dias en el se-

no de un mundo que lo ha combatido diversas veces, sino por el mismo prodigio que lo introdujo en él. Esto es evidente en cuanto á la integridad de su doctrina, á la pureza de su moral, al vigor de su disciplina, á la fecundidad de su accion, que han permanecido intactas é inagotables durante diez y ocho siglos en el seno de un mundo donde todo sufre la ley de la descomposicion. Pero esto es patente en la institucion del Papado, que es su sede y el foco para todo el universo. Este prodigio, lejos de disminuirse, se agranda por su sola duracion, que se evade visiblemente á la ley del tiempo. Sobresale especialmente en diversas épocas donde el ataque de que es incesantemente objeto adquiere proporciones inconmensurables, y donde destituido de todos los auxilios humanos, no solamente se halla su debilidad á prueba de toda clase de violencias, sino que toda clase de violencias es quebrantada por su debilidad; lo cual no puede racionalmente esplicarse sino porque esta debilidad oculta una fuerza verdaderamente sobrenatural.

Esta fuerza es la que no tan solo sostiene á la Iglesia cristiana contra todos los asaltos del mundo social, sino que sostiene por medio de ella á este mundo mismo contra sus propios elementos de destruccion. Veinte veces ha estado á punto de caer y otras tantas veces la ha retenido y vuelto á levantar esta fuerza. Esto es sobre todo cierto respecto de la Francia, donde se juegan ordinariamente los destinos del mundo.

Recordemos tan solo algunas de esas crísis memorables en que la Providencia nos ha mostrado lo que debemos esperar todavía de ella.

En el siglo XII, las heregías maniqueas amenazan